

Estado, amistad que él temía en gran manera, pues con ella podrían fácilmente robustecerse los enemigos políticos que tenía en Atenas. En la profunda y doble desconfianza que sentía hacia Esparta y hacia los elementos moderados de Atenas le atemorizaba la proposición, muy natural por otra parte, de los miembros de la embajada, porque esta difícilmente se hubiera dejado gobernar por él y le inquietaba sobremanera que Nicias y sus amigos impusiesen a los espartanos condiciones llevaderas. Atacó, pues, a los embajadores y consiguió que se resolviera que las negociaciones se entablasen delante del pueblo, en lo cual no quisieron consentir aquellos; pues además de que entablaban tales negociaciones sin consentimiento de sus aliados, juzgaron imposible hacer públicamente confesiones que podían enemistarlos con ellos, tanto más cuanto que podían ser inútiles en el caso, no inverosímil, de que no se llegase a un acuerdo.

Como, por la falta de poderes de los diplomáticos espartanos, no se podía encontrar medio para proseguir las negociaciones delante de una asamblea general, fracasó completamente aquella tentativa de paz, reanudándose después de una tregua de tres semanas las luchas del golfo de Pylos y de la isla Esfacteria. Los peloponesios bloquearon desde tierra el primero, mientras 70 buques áticos vigilaban la segunda. Como las tropas de este peñasco se habían procurado paulatinamente víveres y provisiones, mientras que las tripulaciones áticas carecían de agua, se retardó el bloqueo de Esfacteria, y entre tanto en Atenas, donde se debía temer que en la mala estación del año próximo la escuadra tendría que marcharse sin obtener éxito alguno, Cleonte pudo conquistar una fuerte posición frente al demos y frente a sus enemigos. Habiendo llegado algunos embajadores de Pylos, que en vista del mal estado de las cosas solicitaban nuevos auxilios, negó Cleonte la verdad de sus asertos; pero cuando él, a su vez, tuvo que ir a Pylos como diputado, vio el tiempo que se había perdido y manifestó ante el pueblo que si los estrategos hubiesen sido verdaderos hombres, habrían puesto fin al estado de cosas de Pylos con un audaz combate. Nicias, a quien principalmente aludía ese ataque y que tenía entonces por imposible que las mejores tropas de Grecia, los espartanos, se dejasen derrotar tan fácilmente, quiso poner en ridículo a su enemigo ante el mundo entero. Y cuando las masas irónicamente preguntaron a Cleonte: «¿Por qué no vas tú mismo a hacerlo, ya que consideras esa empresa tan fácil?» declaró Nicias que él y sus colegas estaban dispuestos a proporcionar al demagogo las tropas que le fuesen necesarias. En una palabra, esta mordaz disputa adquirió en breve un carácter de cierta gravedad. Sea que Cleonte se viese sorprendido, sea que obrase conscientemente y con gran astucia demagógica, el caso es que se vio obligado a tomar el mando superior de las tropas en Pylos. Adelantóse entonces audazmente, y prometió que en 20 días mataría a los defensores de Esfacteria ó los llevaría prisioneros a Atenas.

#### IX.—FORTUNA DE LOS ATENIENSES. SU DERROTA EN DELION

Mientras sus enemigos de Atenas se entregaban a las frías esperanzas de verle derrotado, Cleonte obraba con gran inteligencia. Tomó consigo los hoplites que se encontraban en Lemnos é Imbros, algunos guerreros tracios y 400 arqueros; y se asoció como teniente general a Demóstenes, con el cual estaba quizá en connivencia y que, lleno de ardor, opinó atacar audazmente a Esfacteria. De este modo Cleonte pudo cumplir su palabra. El bosque de la isla había sido destruido por un incendio, lo cual hacía más fácil el ataque; y el excelente plan que rápidamente trazó Demóstenes, cuyas fuerzas se hallaban entonces protegidas por el refuerzo

de las tropas de Cleonte, tuvo un éxito completo. Apoyadas por un buen movimiento del cuerpo principal del ejército ligero, pudieron las tropas áticas de mar y tierra asaltar el peñasco y, después de un largo combate, obligar a sus enemigos a que se rindiesen: 292 hombres, entre ellos 120 espartanos, depusieron las armas a los 72 días de su dominación en la isla.

Fué este un golpe terrible para Esparta, pues tan poderoso era todavía en Grecia el recuerdo de Leónidas, que desde entonces nadie consideraba posible que pudieran rendirse los soldados espartanos. La influencia de Cleonte llegó a su apogeo y la confianza de los atenienses creció de tal manera, que rechazaron las proposiciones de paz presentadas por los espartanos calificándolas de insuficientes. El partido de Nicias perdió con el tiempo toda su fuerza, a causa de la falta política que había cometido para con Cleonte. Los atenienses debieron posteriormente arrepentirse amargamente de no haber sabido aprovechar el momento oportuno de la guerra para asegurar de nuevo la paz, a pesar de que la fortuna siguió favoreciéndoles durante algún tiempo.

Los prisioneros espartanos fueron tratados en Atenas con todas las consideraciones, pero debieron quedar como rehenes, viéndose su vida amenazada el día en que sus compatriotas invadiesen de nuevo el Atica. De este modo se puso este cantón a salvo de nuevas devastaciones, y la población agrícola ática pudo ser otra vez licenciada. Los atenienses pusieron de guarnición en Pylos a los mesenios de Naupactos, que desde este lugar tenían constantemente inquieta a la comarca y procuraban inducir a los ilotas a una sublevación.

Para poder continuar la guerra con la debida energía, era preciso reunir mucho dinero, y tuvieron que proporcionarlo los aliados, cuyos tributos fueron aumentados de modo que en conjunto ascendían a 1,200 talentos (28.260,000 reales).

Reanudada en 425 la guerra por los atenienses, Corcira fué teatro de nuevas y horribles escenas y de asesinatos infames, ocasionados por el inextinguible odio de partido. La escuadra de los estrategos Eurimedonte y Sófocles había regresado a Corcira, después de la rendición de Esfacteria, para proteger en ella al demos contra la vejación de la tropa de Istone, viéndose esta vez los aristócratas obligados a capitular, como lo hicieron bajo la condición de que serían enviados a Atenas, confiándose su suerte a la clemencia del demos ático, siendo entre tanto conducidos a la isla Ptychia, y anulándose la capitulación en caso de una tentativa de fuga. Los demócratas de Corcira temían que Atenas perdonase a los prisioneros, así es que en cuanto conocieron que Eurimedonte era un miserable y que, obligado a partir para Sicilia, sentía que otro hiciese la entrada triunfal en el Pireo con los prisioneros, tramaron una abominable intriga. Engañaron a los prisioneros acerca de las intenciones de los atenienses y les indujeron a una fuga, cuyo mal éxito había sido preparado de antemano. El infame Eurimedonte declaró entonces no haber lugar ya a la protección ática y entregó los prisioneros al demos de la isla, el cual los asesinó, dando con ello lugar a escenas que recuerdan las ejecuciones de setiembre en la primera revolución francesa. Trescientos fueron, poco más ó menos, los que de este modo encontraron la muerte.

Tan rápidamente decayó en todas partes en aquel verano de 425 la fortuna de los espartanos y de sus aliados; y no terminaron aquí sus infortunios. Los atenienses y los acarnanos conquistaron la colonia corintia de Anactorion, establecida en las costas de Acarnania, poniendo todavía en mayor aprieto al Peloponeso. Entonces Nicias, queriendo rehabilitarse y procediendo con una energía de que nunca había dado pruebas, completó al Este de esta península el sistema que Demóstenes había iniciado con tanta felicidad al Oeste.

Aunque su tentativa de hacerse fuerte en la colina de Solygeios, junto a Corinto, obtuvo un éxito desgraciado, en cambio conquistó la volcánica península de Methana, que fué en seguida guarnecida y convertida en un sitio fuerte en las fronteras de Trezene y Epidauró. Cuando, en la primavera de 424, conquistó Nicias la isla de Citeres, y la escuadra ateniense, a su regreso, se enseñoreó de la ciudad de Thyrea y asesinó a los eginetas hechos en ella prisioneros, en represalias de los acontecimientos de Platea, acordaron los espartanos descorazonados y cansados entregarse a otras escenas que les desembarazasen, aunque fuese apelando a la traición, de los ilotas, excelentes, a pesar de todo, para la guerra.

A partir de este momento, la lucha comenzó a ser desfavorable a los atenienses. El audaz Demóstenes había excitado a sus conciudadanos para que dirigiesen sus ataques contra la Beocia y reconquistasen la Megáride que ya habían poseído en tiempo de Pericles. El ataque de Megara, ciudad en donde se había formado ya un partido ático, fracasó a pesar de los grandes preparativos de los estrategos Demóstenes é Hipócrates, sobrino de Pericles; pues el enérgico espartano Brasidas, que se encontraba cerca del istmo ocupado en otra empresa, se arrojó prontamente sobre los enemigos con un contingente de hoplites peloponesios del Norte y beocios y con 600 caballos de Beocia. A esto se debió que solo pudieron los atenienses conservar la conquista de Nisea, tan poderosa a partir de aquel instante. El plan que se había concebido contra Beocia tuvo asimismo un éxito desgraciado; Demóstenes, saliendo de Naupactos, debía desembarcar en Sifea; desde el Parnaso debía Queronea, auxiliada de los aliados focenses, caer sobre el enemigo, y por fin Hipócrates debía intentar el ataque por el Oriente. El plan, cuyo objeto era el restablecimiento de los gobiernos democráticos en las ciudades beocias, fué descubierto por los beotarcas, que oportunamente se aprestaron a la defensa. En tales circunstancias, Demóstenes no pudo conseguir ventaja alguna en Sifea (octubre de 424); y cuando Hipócrates con 7,000 hoplites y más de 20,000 hombres armados a la ligera invadió el territorio de Tanagra y se apoderó y fortificó la plaza de Delion, importantísima bajo el punto de vista estratégico, después de haber licenciado a la mayor parte de los ligeramente armados, se vio obligado a aceptar la batalla que le presentó el beotarca Pagondas, que le acometió con grandes fuerzas de infantería ligera, hoplites y caballos. Esta batalla terminó para los atenienses en una gran derrota, en la cual perecieron Hipócrates y mil de los suyos. Tres semanas más tarde cayó en poder de los beocios el fuerte de Delion, con los 200 hombres que lo guarnecían.

#### X.—BRASIDAS. CONQUISTA DE LA CALCIDIA Y ANFÍPOLIS. ARMISTICIO DEL AÑO 423

Entre tanto la desgracia de Atenas subía de punto en la parte septentrional del gran teatro de la guerra. A principios del año 424 los que sostenían la lucha contra Atenas y los que como los griegos de Calcidia, deseaban la destrucción de la capital de la Liga, enviaron una embajada a Esparta, solicitando un ejército peloponesio mandado por un bravo general. Sus súplicas fueron apoyadas por el astuto rey macedónico, Perdicas, cuyo principal objeto era distraer las fuerzas peloponesias para que ayudaran a su engrandecimiento en la Macedonia superior, principalmente en Lincestis. Aquellos dos partidos prometieron sufragar los gastos de manutención de las tropas que fuesen a socorrer a los solicitantes. Los espartanos difícilmente se hubieran prestado a la realización de tan arriesgados planes, si el valerosísimo héroe é inteligentísimo político que entonces sobresalía en Esparta, Brasidas, que se había distinguido en múltiples ocasiones como valiente ge-

neral, no hubiese en cierto modo asumido la responsabilidad de la empresa. Convencido de que Esparta solo podía reponerse de los descalabros sufridos escogiendo un nuevo teatro de la guerra, en un país en que la dominación ática se viese amenazada, consiguió que se le dejase en completa libertad de acción. Dotado de un carácter caballeresco, se atrevió a no llevar consigo más que ilotas laconios, a los cuales se unieron, gracias al dinero que proporcionaba el Norte, gran número de peloponesios. Poco después de haber libertado a Megara, es decir, en el verano de 424, atravesó con mil setecientos hoplites y a marchas forzadas la Grecia central y después por influjo de Perdicas la Tesalia, hasta que llegó a la ciudad macedónica de Dion.

Los atenienses comprendieron pronto la importancia de esta astuta diversión, mas a pesar de esto y de haberles Perdicas declarado abiertamente la guerra, no enviaron al Norte, como debían haberlo hecho, imponentes fuerzas. El descalabro sufrido en Beocia había llevado el desacuerdo a Atenas, en donde, aunque se apreciaban las dificultades que el nuevo peligro ofrecía, no se consideró de tan imperiosa necesidad hacer un gran esfuerzo para el otoño, ni se pensó en robustecer las fuerzas debilitadas y divididas. Por el contrario, los estrategos Eucles, en Anfípolis, y Tucídides, hijo de Oloros, que permanecía en Thasos con siete buques de guerra, fueron abandonados a sus propias fuerzas. Contra la opinión tan digna de tenerse en cuenta de los griegos de Thasos, se creyó que la consideración personal de Tucídides en aquella comarca y su influencia en la corte del rey de Odrisia ofrecían suficiente seguridad; pero todos los cálculos de los atenienses resultaron ser completamente erróneos.

La primera empresa de Brasidas después de su llegada a Macedonia, fué una expedición con Perdicas contra el régu-lo de Lincestis, Arhabeos. Sin embargo, decidido a no prolongar por mucho tiempo en aquella apartada comarca una lucha que solo favorecía las miras dinásticas de Perdicas, aprovechó la benevolencia de Arhabeos para poner fin a las hostilidades por medio de un tratado. Cierta que Perdicas se mostró airado y disminuyó sus dádivas, pero Brasidas se apresuró a arrojar sobre las costas meridionales helénicas de la comarca macedónica, apareciendo en Acanthos junto al golfo del Estrimon. Allí, como casi en todas partes, solo la minoría era contraria a los atenienses, en favor de los cuales estaba el demos; pero Brasidas apeló a su elocuencia y a su diplomacia, tan poco comunes en aquel tiempo entre los espartanos. En los labios de aquel hombre, que tan noblemente aparentaba una dulzura, moderación y humildad inusitadas en la guerra, el programa de la verdadera libertad individual que Esparta quería conceder a los griegos dominados por Atenas, ofrecía tantos atractivos y ejercía tanto poder, que el mismo demos dejó de hacer la oposición y pronto Acanthos se entregó al caudillo espartano, en cuyas manos cayeron pronto también Estagira y Argila.

En todas partes se movían los enemigos de la dominación ática, queriendo la desgraciada suerte que el mas firme aliado que tenían los atenienses en la región septentrional, el rey odrisio Sitalces, pereciese, quizás asesinado, después de una batalla perdida en la expedición contra los tribalios; y que su sobrino, autor probablemente de su muerte, el príncipe Seuthes, enemigo de Atenas y adicto a los macedonios, se apoderase de la soberanía. De este modo perdió Tucídides su principal apoyo y lo que es más, poco después de la batalla



Tucídides



de Delion, Brasidas se atrevió á atacar la mas importante plaza de los atenienses, Anfipolis, cuyos habitantes eran, en su mayoría, poco fieles y habian sido incitados contra Atenas por Perdicas y por la rendicion de Argila. No es fácil, dados los medios de averiguacion que hoy tenemos, decidir si es ó no justa la calificación de negligentes que algunos criticos modernos han aplicado á los atenienses Eucles y Tucídides, que se encontraban en aquel punto en representacion del gobierno de Atenas.

En una noche de invierno avanzó Brasidas contra Anfipolis y á la mañana siguiente sorprendió la ciudad, fuerte y de fácil defensa, intimándola que se sometiese á Esparta. Tucídides, que habia sido llamado para socorrer á los de Thasos, regresó á las pocas horas para salvar la perla de las ciudades aliadas de Atenas; pero solo pudo conservar la poblacion que servia de puerto á Anfipolis, Eion, que desde entonces adquirió gran valor y fué varias veces atacada.



Herodoto

El espanto de los atenienses y la cólera por la pérdida de Anfipolis acaecida poco despues de la batalla de Delion, fueron grandes, siendo de prever que Tucídides seria acusado, como lo fué por Cleonte, ante el consejo superior de Atenas, de haber perjudicado por negligencia ó por traicion, los intereses de su patria.

Declarado, segun parece, culpable, no se presentó, sin embargo, en Atenas y pasó en el destierro veinte años que, gracias á sus riquezas, empleó en reunir materiales para su inmortal obra sobre la guerra del Peloponeso.

La desgracia que contra Atenas se habia desencadenado, iba cada dia en aumento. Bajo la doble presion de los sucesos de Delion y Anfipolis, fué general la desercion de las ciudades aliadas, que comenzaron entonces á rebajar la fuerza de Atenas. Las plazas de la peninsula Acte, exceptuando Sane y Dion, y la ciudad de Sithone, se pasaron todas al bando de Brasidas; de suerte que al comenzar el año de 423 la estrella de Atenas descendia rápidamente á su ocaso.

Si los demás espartanos hubiesen poseído solo una parte del espíritu que animaba á Brasidas, hubieran podido dar á la guerra una direccion como nadie hubiera podido esperar despues de la derrota de Esfactoria; pero la envidia oligárquica que reinaba en el Eurotas calificó al héroe de Acanthos de afortunado aventurero, y el que no le tenia envidia, veía únicamente en sus victorias los medios de libertar á los prisioneros de Esfactoria. Todos estaban cansados de la guerra y no tenian voluntad de enviar nuevas fuerzas al Norte.

Aconteció, pues, que el rey Pleistonax, que habia vuelto en 426 de su destierro arcádico, merced á los hábiles manejos del sacerdocio de Delfos, se esforzó, con ayuda de este, por restablecer una paz que podia asegurar su posicion proponiéndose influir para devolver la libertad á los prisioneros; é iguales sentimientos animaban á los partidarios de Esparta en Atenas, despues de las grandes derrotas sufridas durante los últimos meses. El partido de la paz, compuesto de los ciudadanos ancianos y moderados, de los ricos y conservadores, predominó en Atenas de modo que en marzo de 423 pudo firmarse un armisticio de un año que podia considerarse como un preparativo de la paz definitiva, debiendo reconocerse hasta entonces el *statu quo*.

No se llegó á este acuerdo desde luego, á pesar de que los estrategos áticos tenian órden de comenzar las negociaciones para ello necesarias. Brasidas, antes de tener noticia de tal armisticio, habia conseguido en Calcidia inducir á la ciu-

dad de Sicione junto al Pallene á levantarse contra Atenas, ejemplo que muy pronto fué seguido por Menda. Encolerizados los atenienses, enviaron inmediatamente á Nicias y á Nicostratos con 50 buques hácia el Norte, para poner sitio á estas ciudades, mientras Brasidas se habia visto obligado á acompañar, con el auxilio de 3,000 hoplites de los nuevos griegos aliados, á Perdicas en su campaña contra los de Lincestis. Mas á pesar de que su genio habia sido probado ya en esta comarca, fracasó la campaña y, por su mal, hubo un rompimiento entre él y Perdicas, quien se alió de nuevo con los atenienses, haciendo de este modo imposible el envío por Tesalia de nuevas tropas peloponesias á Brasidas. En consecuencia de esto, los atenienses ocuparon á Menda y sitiaron estrechamente á Sicione.

#### XI.—MUERTE DE CLEONTE Y BRASIDAS. PAZ DE NICIAS

Estas luchas fueron causa de que la guerra se reanudase con inusitado furor. Trascurrido el plazo del armisticio, el partido ateniense, favorable á la guerra, á cuya cabeza estaba Cleonte, dispuso que se intentase de nuevo una gran campaña en Macedonia, con el intento de rehabilitar el honor de las armas y los intereses del Atica, de vengar la insurreccion de Anfipolis, y de derrotar completamente á Brasidas, cuya posicion era harto comprometida desde que se habia enemistado con Perdicas. Todo ello estaba muy bien calculado; pero fué una verdadera desgracia que se pudiese al frente del movimiento (422) Cleonte, cuando no contaba con el poderoso auxilio de Demóstenes. No se sabe á punto fijo si el mismo Cleonte se designó para ocupar este puesto, ó si en su nombramiento entró por mucho el pérfido cálculo del partido de la paz, que creyó que por esta vez no se habia de engañar. Lo cierto es que una gran parte de sus guerreros no suspiraban por el triunfo y que la confianza de las tropas en su general era harto escasa. Con todo, Cleonte, con 1,200 hoplites, 300 caballos, numerosas tropas aliadas y 30 buques de guerra, dirigióse, probablemente á principios de agosto de 422, hácia Calcidia, tomó consigo una parte de los soldados que permanecian en Sicione, y arrebató á los peloponesios, con un atrevido y feliz golpe de mano, la importante plaza de Torone, en Sithonia. A fines del verano tomó á Eion por base de sus operaciones é intentó, aunque sin éxito, conquistar á Estagira, recuperando, en cambio, de paso á Galepsos. Anfipolis, por el contrario, residencia entonces de Brasidas y de un ejército compuesto de elementos heterogéneos, que solo su pericia militar habia podido mantener unidos, hubiera podido ser atacada con esperanzas de éxito, si hubiesen recibido los atenienses el refuerzo de tropas que les habian ofrecido Perdicas y Odomanto, su aliado. La ocupacion de Anfipolis era muy interesante por su fuerte posicion é importantes fortificaciones. Cleonte era poco considerado por su ejército para poderlo tener inactivo durante mucho tiempo: pocos dias trascurrieron sin que sus soldados murmurasen abiertamente contra su inactivo y «cobarde» general, quien se dejó arrastrar por la corriente, emprendiendo un gran reconocimiento contra Anfipolis. Cuando regresaba de esta expedicion y en un momento de peligro extremo, Brasidas se echó sobre él y le obligó á aceptar un combate que era incapaz de dirigir, y en el cual halló la muerte, cuando apelaba á la fuga. Su adversario cayó tambien desde los primeros momentos del combate; pero los atenienses tuvieron, á pesar de esto, que retirarse á Eion en el otoño de 422, despues de haber perdido en esta empresa 600 hombres.

Con la muerte de Cleonte y de Brasidas, desaparecieron del teatro de la guerra los dos representantes mas consecuentes del partido de la guerra en Atenas y en Esparta. Nicias en Ate-

nas, que despues dió su nombre á la paz que se firmó, y Pleistonax en Esparta, donde por entonces se consideraba que el armisticio de treinta años pactado con Argos tocaba á su término, no encontraron ya dificultad alguna para entablar formalmente las negociaciones de paz; pues todos deseaban ardientemente poner fin á aquel horrible período de salvajismo, de muerte y de crueldades y á la indisciplina que reinaba en todas las esferas de la vida. La muerte de Brasidas y el ultraje de Anfipolis no encontraron vengadores.

Cierto que no todas las potencias griegas estaban dispuestas á aceptar las condiciones entre Atenas y Esparta estipuladas; pues el principio fundamental de que cada partido debia devolver lo que habia conquistado durante la guerra, tuvo en parte una ejecucion incompleta, y en parte desagradó á algunas de aquellas potencias. Por fin pudo llegarse á un acuerdo, disponiéndose que se firmaria la paz por cincuenta años, que se arreglarían amistosamente las nuevas diferencias que podian surgir, que Anfipolis y las ciudades calcidias volverían á la dominacion ática, bien que como poblaciones tributarias y autónomas, que Sicione, Torone y Sermiylos serian abandonadas á la discrecion de los atenienses, los cuales en cambio cederían á Pylos, Citeres, Methana y Atalanta, y que se canjearían los prisioneros hechos por ambas partes. A fines de marzo de 421 las dos potencias enemigas firmaron la paz, que juraron solemnemente en abril del mismo año.

Tebas, que deseaba conservar á Platea, no quiso reconocer el tratado, pues se negaba á restituir la fortaleza de Panacton que habia caído en su poder poco tiempo hacia, gracias á una sorpresa; igual conducta siguieron Corinto y Megara, que no querian desprenderse respectivamente de Anactorion y de Nisea. Pero todas estas ciudades acabaron por suspender muy pronto las hostilidades, bien que, dado el descontento que sentian, podia considerarse rota su alianza con Esparta. Su desconfiado mal humor era en gran parte motivado porque el tratado de paz contenia una cláusula en virtud de la cual Atenas y Esparta se reservaban el derecho de completar la convencion de comun acuerdo.

#### XII.—LA OPINION PÚBLICA EN ATENAS. HIPERBOLOS. ALCIBIADES. INTRIGAS DEL AÑO 420

La nueva y deseada paz no traía consigo garantía alguna de duracion: el nuevo tratado no estatua nada decisivo ni bajo el punto de vista material, ni bajo el de los principios, y para mayor desgracia no tendia á una reconciliacion real y positiva. Aun prescindiendo de las no resueltas dificultades de Tebas, Megara y Corinto, algunos detalles del tratado revestian tal carácter, que podian servir á los partidos de la guerra, que en Esparta y Atenas contaban todavia con un gran número de adeptos, de pretexto para nuevas contiendas. En Atenas, cuyos sucesos nos son mas conocidos que los de Esparta, la parte del pueblo que deseaba la guerra, y que se componia de los jóvenes y de los inquietos elementos de la ciudad y especialmente del Pireo, enemistados con los agricultores partidarios de la paz, contaba entonces con nuevos caudillos, entre los cuales no reinaba la mejor armonía.

El verdadero sucesor de Cleonte era Hyperbolos, hombre procedente de las filas de los industriales acomodados, propietario de una fábrica de lámparas, que hacia muchos años, al lado de Cleonte, cuyas dotes, sin embargo, no poseia, se habia dado á conocer al demos como acusador público de los funcionarios y de otras personas sospechosas á los ojos del pueblo, y como representante de la pequeña burguesía en el Dicasterio. Muerto Cleonte, la pequeñez de sus miras hizo que procurase conquistar el puesto de caudillo director del partido popular. Tambien la comedia le puso en evidencia, tratándole con grande ira y prodigándole crueles sarcasmos

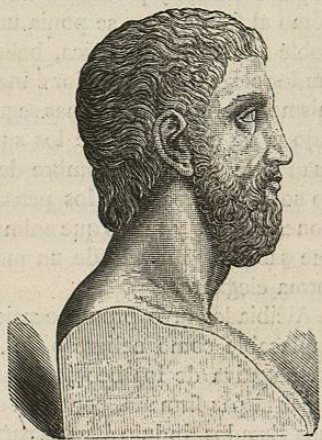
el poeta Eupolis (420) en su «Maricas», Hermipos y Platon (418) en su «Hyperbolos».

Al llegar á este punto, tenemos que referir un acontecimiento muy trascendental y de fatales consecuencias para Atenas, cual fué el haberse puesto al frente del partido de la guerra uno de los jóvenes nobles de mas ingenio de aquella época, Alcibiades. Hijo del valiente Clinias, muerto en la batalla de Coronea, nacido en el año 2.º de la olimpiada 82, es decir, en 451 antes de Jesucristo, descendiente de la antigua nobleza ática, y afiliado al partido democrático, pariente de Pericles, en cuya casa se habia educado, apareció en todas sus acciones dotado de grandes cualidades, entre las cuales desgraciadamente sobresalieron por espacio de muchos años las mas perniciosas extravagancias. Durante mucho tiempo, conociósele por su sorprendente belleza, que conservó hasta su muerte, y por su loca temeridad. Sus brillantes cualidades corrian parejas con un orgulloso sentimiento de su dignidad, que le hacia prescindir de las buenas formas. En alto grado instruido, pero incapaz de dominarse á sí mismo, rudo y caprichoso, dotado de una naturaleza verdaderamente tiránica, acostumbrado al favor del pueblo ático y á los antojos de las mujeres, el primero entre todos los jóvenes libertinos de la nobleza de Atenas, á los cuales servia de modelo, apto para los mas nobles sentimientos; tales eran los caracteres con que le conocieron los atenienses durante la guerra con Arquidamas.

Los que observaban su valor como soldado y las evidentes muestras que daba de un eminente talento político y diplomático, esperaban de Alcibiades que en el porvenir, es decir, el dia en que, como Temístocles y Cimon, calmase los primeros ardores de la juventud, seria un eminente hombre de Estado. Pero no debia ser así: la imponente influencia de Sócrates, cuya íntima amistad se habia conquistado por sus buenas cualidades, obró solo accidentalmente sobre él. La arrogancia, la frivolidad, encubierta bajo un brillante ingenio, y la desmedida indiscrecion, eran ingénitas en Alcibiades.

Gradualmente se formó en él, constituyendo una avasalladora pasion, una ilimitada ambicion de mando, que le permitia, segun las circunstancias, no solo mostrar una amabilidad llena de atractivos, sino tambien acomodarse de un modo sorprendente á las costumbres y gustos de todos los pueblos, con los cuales se habia puesto en contacto; y así como este rasgo, que obedecia al mas refinado egoismo, fué una calamidad para toda la Grecia, del mismo modo fué perjudicial para su persona la falta de aquel pudor moral que le hacia olvidar la consideracion debida á los particulares, á los partidos y á los elementos de fuerza.

Alcibiades, consecuente con su origen y con su método de vida, habia sido enemigo de Cleonte hasta que se firmó la paz con Esparta; despues de la cual mostróse muy envidioso de la gran influencia y de la alta consideracion que Nicias se habia conquistado. El egoismo trazó posteriormente el camino que debia seguir Alcibiades. Su abuelo habia renegado, en su tiempo, del origen espartano de su familia; Alcibiades, por el contrario, mientras duró su enemistad con Cleonte, se esforzó en renovar sus relaciones con Esparta, prestando grandes



Alcibiades